

El fanático de la ópera: La historia del amor incondicional

“¿Por qué ustedes los sociólogos siempre preguntan si vamos a la ópera para que nos vean, para conocer gente, para ver amigos, para alcanzar un estatus profesional más alto y nunca se les ocurre preguntarme si voy a la ópera porque me gusta o, simplemente, porque la amo?”
José Luis, fanático.
Benzecry, 2012.

A sí, “simplemente porque la amo”, como si amar fuera de esas cosas simples de la vida. Esas cosas que se pueden explicar, que se “entienden”, que se transmiten o se pueden compartir. Porque la ópera, para el fanático, es un amor, por lo general un amor a primera vista pero también un amor platónico, de esos a los que sólo se les admira, de esos con los que se sueña, de esos en los que se piensa y se suspira, de esos de los que se sabe todo, pero de esos que no saben de ti, de esos que ni siquiera se tocan.

Pero, si la ópera es un objeto al que se ama, ¿por qué se le ama? y ¿cómo se demuestra ese amor? ¿Qué hace que una persona que ha visto una misma ópera 10 o más veces se siga emocionando hasta la médula cuando vuelve a verla? Éstas y muchas otras preguntas son abordadas desde una perspectiva sociológica por Claudio Benzecry, argentino e hijo de músicos, en *El fanático de la ópera. Etnografía de una obsesión*, publicada por Siglo XXI Editores, cuya traducción al español salió a la venta a principios de 2011 (en México en el mes de noviembre pasado).

Un texto que se acerca a ese mundo y hace un recorrido no sólo sociológico acerca de este personaje que vive para la ópera, de una manera en la que la ópera es la vida misma, sino que logra reconstruir el contexto histórico de un lugar que por momentos pareciera el único en el que un amor como éste puede existir: el teatro de la ópera de Buenos Aires, el Teatro Colón. Un lugar, también, que cualquier amante de la ópera desearía frecuentar.

El paraíso del fanático

Buenos Aires es sin duda una de las ciudades —al menos de América Latina— con mayor cultura y vida operística. No sólo está el legendario Teatro Colón (en donde ocurre casi toda esta historia) sino que hay al menos una decena de teatros, en la ciudad y sus alrededores, con tres a cuatro funciones por semana.

Después de dos años de investigación, Benzecry, profesor adjunto de la Universidad de Nueva York, desmembró la personalidad de los fanáticos de la ópera en este lugar que pareciera un oasis en el que habitan. Un espacio en el que existen,

como en todos los grandes teatros, palcos exclusivos y lugares privilegiados, pero que son excesivamente caros; y otra en la que los asientos son más accesibles. Sin embargo, hay otra zona hasta arriba en la que el público permanece de pie: el “gallinero” o el “paraíso”, en el que las entradas son hasta 50 o 70 veces más baratas.

Entre esas dos zonas habita el fanático. Porque, como asegura el sociólogo, “arriba no es que solamente va gente de buenos recursos, sino gente que tiene buenas entradas pero que quiere repetir”. Porque ésa es la esencia pura del fanático: repetir y volver a enamorarse de las pequeñas diferencias.

El punto medio

La segunda característica para ser un fanático sería entonces no considerarse, precisamente, un fanático. “Lo loco — afirma Benzecry en entrevista para *Pro Ópera*— es que no se consideran fanáticos; ellos te dirían que se consideran como el justo medio (...) Se imaginan en algún lugar medio entre la pasión y la civilización.”

Están entre dos sectores que rechazan: “Un público apasionado que es muy malo porque no sabe lo suficiente, por lo que no le puede poner un barniz de conocimiento a sus emociones; y el público que, al revés, va de manera instrumental a la ópera, pero no se apasiona (la clase alta)”. A diferencia de estos dos grupos, está el “justo medio”: el fanático que es el único que sabe qué es lo que hay que hacer para disfrutarla.

Amor anacrónico

En todo esto, a fin de cuentas, afirma Benzecry, hay “una experiencia muy anacrónica, porque [la ópera] te pide cuatro horas y media de tu día, para ir a vestirse, para estar en un lugar medio incómodo, para escuchar música que no es muy contemporánea”.

Pero a pesar de lo que se pudiera pensar, la ópera no es un amor tan ingrato. La ópera “le da [al fanático] un estado ascendente por fuera de lo cotidiano” que es “como si todos estuvieran enamorándose de lo mismo, solos pero acompañados, como si la relación con la ópera fuera uno a uno, pero con más gente alrededor”.



Claudio Benzecry

Entrar de esta manera casi anónima al teatro permite más cosas, porque, “es un lugar en donde, si quieres — reflexiona el autor— dejas todas tus identificaciones fuera: nadie sabe si estás casado o no, si eres *straight* o *gay*, si fuiste a una secundaria cara o no, si fuiste a la universidad o no. Es una olla de presión de los otros y una olla de presión de uno mismo [porque] cuando se apaga la luz todos son iguales y es como si colgase el saco de la vida externa en la puerta”.

por Marcela Figueroa